

PARTICIPACIÓN Y DESCENTRALIZACIÓN EN ESCENARIOS RURALES TRAS LA VIOLENCIA POLÍTICA: EL CASO DE LURICOCHA (AYACUCHO)¹

Javier Ávila Molero

1. INTRODUCCIÓN

Huanta (Ayacucho) fue una de las provincias más castigadas por la violencia política que afectó al Perú durante los años ochenta. En ese lugar, entre los fuegos de Sendero Luminoso y las Fuerzas Armadas murieron 4 de cada 100 habitantes. Tal fue la intensidad de la violencia en Huanta que el informe emitido por la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) sobre la violación de los derechos humanos en el Perú a lo largo de las últimas dos décadas ha señalado que si esta proporción de víctimas hubiera sido similar a nivel nacional, habrían muerto más de 800.000 peruanos durante ese período. El drama que ha significado para la provincia la década de la violencia se refleja muy bien en los cambios demográficos² y en el desplazamiento y desaparición de muchas comunidades campesinas.

Sin embargo, en 1992, luego del autogolpe de Alberto Fujimori, miles de campesinos que habían huido de sus pueblos buscando re-

1. Quiero agradecer los comentarios de Marisa Remy, Hortensia Muñoz, Laureano Castillo, Bruno Revez y Alejandro Diez Hurtado a una versión preliminar del presente documento, que fue presentada en el SEPIA X (Pucallpa) en agosto del 2003.

2. Según el censo de 1981, la población de la provincia de Huanta era de 76.060 habitantes, con 82% de población rural y 18% de población urbana. El último censo de 1993 muestra una importante reducción de la población, que desciende a la cifra de 60.819 habitantes, de los cuales 61% son rurales y 39% urbanos. La notoria baja en el crecimiento demográfico entre los años 1981 y 1993 es el reflejo de la huida de muchas personas fuera de la provincia y el departamento.

fugio en las ciudades iniciaron el retorno a Huanta. Muchos de los pueblos quemados se iban reconstruyendo y volvían a la vida. En el proceso, aparecían cambios en la distribución del espacio, en la arquitectura, en los patrones de asentamiento. En muchas comunidades la plaza central ha pasado a ser una cancha de fútbol donde todos los días se iza la bandera peruana y los comuneros la saludan, en fila. Los patrones de asentamiento han pasado de dispersos a concentrados. Las tejas reemplazan al ichu en el techo; el cemento a las piedras en las paredes. Las iglesias católicas de corte colonial, en la mayoría de los casos quemadas y destruidas por las columnas maoístas de Sendero Luminoso, han sido reemplazadas por templos evangélicos. Muchos campesinos cargan junto a sus aperos de labranza las escopetas y fusiles donados por las fuerzas armadas acantonadas en la provincia.

El Estado no sólo se hacía presente a través de sus aparatos de represión o símbolos patrios sino también con carreteras, edificios y escuelas. Carteles naranja de la Presidencia de la República inundaban los caminos recién construidos. Los grafitos con la hoz y el martillo de Sendero Luminoso fueron reemplazados por la publicidad del gobierno. Frecuentemente, el mismo Alberto Fujimori descendía con su helicóptero sobre las comunidades de la provincia para inaugurar “obras”. En cada una de estas inauguraciones improvisaba pequeños mítines. Disfrazado con los chullos y los ponchos multicolores que la población local le obsequiaba, comenzaba su discurso con la consabida frase “Queridos compatriotas”.

Diez años después, las huellas de la presencia de Alberto Fujimori en la provincia de Huanta continúan. Esto lo he podido comprobar en una encuesta aplicada el año 2002 entre la población de uno de los distritos de esa provincia, Luricocha. En esta encuesta, para la gran mayoría, “Alberto Fujimori ha sido el mejor presidente de la historia del Perú” (69,1%), “Su gobierno ha sido democrático” (60,4%) y “La situación del país estaba mejor durante su gobierno que ahora” (66,1%).

El presente artículo busca describir algunas tensiones en las prácticas y percepciones de la población de Luricocha con respecto a dos elementos vinculados genéricamente con la democracia y la ciudadanía: la participación y la descentralización. En el caso de la participación, indago en el funcionamiento de la experiencia de concertación distrital promovida por la municipalidad de Luricocha. En el segun-

do caso, observo las percepciones que sobre la descentralización tienen los pobladores del distrito. Finalmente, se desarrollan algunas reflexiones que, a manera de hipótesis, buscan proponer una explicación para comprender los nexos entre ciudadanía y democracia, y las razones por las cuales las huellas de Alberto Fujimori todavía no se han borrado del imaginario de los pobladores de este distrito rural del norte de Ayacucho.

2. LURICOCHA, UN DISTRITO DE LA PROVINCIA DE HUANTA

Luricocha tiene un territorio de 5.800 hectáreas. Consta de sólo dos pisos ecológicos: el “cálido” entre los 2.200 y los 2.500 metros de altitud y el “frío”, entre los 2.500 y los 3.000 metros de altitud. De estas dos zonas, la primera es la menos poblada, mientras que la segunda está ocupada por la mayor parte de los asentamientos, incluida la misma capital del distrito. Con sus 4.786 habitantes reunidos en aproximadamente 950 familias, Luricocha es uno de los distritos más poblados de la provincia. Tiene un índice de 1,2 hectáreas por habitante y 6,1 hectáreas por familia o unidad agropecuaria. La población del distrito es mayoritariamente rural: 80,6% reside en el campo, mientras que sólo 19,4% vive en el centro poblado que es capital del distrito, y que tiene también patrones de vida dependientes de la actividad agropecuaria. Los pobladores se reúnen en un total de 20 localidades con categoría de centros poblados mayores y menores. Cada uno de ellos ostenta la condición de comunidad campesina como forma de organización básica.

Décadas atrás, la zona era tierra de indios y mistis, de siervos y señores. Predominaba el gamonalismo como forma de organización del poder; una suerte de sistema de “administración étnica”³ caracterizado por su alto grado de privatización del poder y por la exclusión sociocultural. Se trataba de un contexto de “dominación total” (Portocarrero, 1998), que fue debilitándose a medida que en la zona se iban desarrollando la migración, la escolarización, la organización y

3. “[U]na configuración política jerarquizada, un conglomerado de instituciones y vínculos sociales heterogéneos, en cuyo ápice trona siempre el patrón” (Guerrero, 1993).

la inserción de las poblaciones campesinas al mercado. La reforma agraria de los setenta significó la desaparición de la figura del terrateniente en el distrito.

Desestructuradas las antiguas élites provinciales por acción de la reforma agraria y la violencia de Sendero Luminoso, así como por la redefinición de la sociedad civil local y la aparición de nuevos actores sociales en la provincia, el perfil del poder local cambió radicalmente en la década de los noventa. Esto se puede apreciar en los resultados de las elecciones municipales de 1995, que mostraban un importante “avance” en los candidatos y autoridades elegidas procedentes de los anexos sobre las capitales de distrito. Las elecciones municipales de 1998 y el 2002 no han hecho sino confirmar esta tendencia a redefinir antiguas oposiciones misti-indio, ciudad-campo y valle-puna, sobre las cuales se erguía la anterior gramática de la dominación local. No obstante este importante conjunto de transformaciones que democratizan el escenario de la provincia, se puede apreciar todavía la persistencia de una suerte de “núcleo duro” de continuidades que se resisten al cambio. Es el caso, por ejemplo, de la discriminación de género: no hay mujeres alcaldesas, y las candidatas a regidoras son ubicadas en los últimos lugares de la lista, simplemente como una forma de “cumplir” con las exigencias de la ley de cuotas de 1998 (Hurtado, 2003). También es el caso de la discriminación étnica: muchas autoridades provenientes de los anexos reproducen en sus cargos conductas verticales y autoritarias del profesional “que sabe” frente a los “comuneros ignorantes”. Del mismo modo, se puede mencionar la generalizada obsesión por considerar las “obras” como sinónimo de “buen gobierno”, por encima del desarrollo de procedimientos democráticos (Degregori, Coronel y Del Pino, 1998).

3. LOS LÍMITES DE LA PARTICIPACIÓN CIUDADANA EN LURICOCHA

La Mesa de Concertación de Luricocha se instaló el año 2000. En sus inicios fue producto de las actividades desarrolladas por la Mesa de Concertación de Huanta, de carácter provincial. Los detalles de la instalación de esta Mesa han sido registrados en el libro de actas:

En el auditorio de la municipalidad distrital de Luricocha de la provincia de Huanta, departamento de Ayacucho, siendo a las once de la mañana del día veintidós de febrero del año dos mil, se reunieron las autoridades de la municipalidad, los representantes de Salud y Educación, así como autoridades y líderes de las comunidades del distrito y las ONG CARE-PERÚ, Asociación SER y TADEPA, para realizar el “Encuentro de Planificación de Concertación para el Desarrollo Distrital de Luricocha” y fundamentalmente para instalar la Mesa de Concertación, evento realizado de la siguiente manera: primer término: se realizó la presentación de los participantes, luego se pasó a desarrollar el taller facilitado por representantes de CARE-PERÚ, SER y TADEPA, tocándose los temas de Planificación, en donde se han formado grupos de trabajo, quienes han expuesto en plenaria los resultados de los trabajos respectivos. Luego, los mismos grupos de trabajo analizaron las fortalezas, oportunidades, debilidades y amenazas (FODA) del ámbito distrital, las mismas que fueron presentadas también en plenaria, actividades bajo supervisión de los facilitadores. Siendo a horas seis y treinta de la tarde se terminó esta primera parte del taller. A las nueve y treinta del día veintitrés de febrero del año dos mil se reinició con los trabajos de plenaria del FODA interrumpidos del día anterior, realizando trabajos de priorización de la metodología. Después los participantes, mediante tarjetas han diseñado la visión de futuro al año dos mil diez del distrito de Luricocha. En esta parte las ONG han actuado de tal forma que la visión distrital quede muy bien establecida. Seguidamente se ha desarrollado las estrategias para superar, desarrollar, aprovechar y neutralizar las debilidades, las fortalezas, las oportunidades y las amenazas respectivamente, acciones que se realizó en los mismos grupos a lo largo del taller, siempre bajo la supervisión y facilitación de las ONG presentes, resultados que finalmente fueron centralizados y expuestos por los representantes de CARE-PERÚ y SER.

Fuente: Libro de Actas Mesa de Concertación de Luricocha.

La primera actividad de la Mesa fue la preparación del Plan Estratégico Distrital de Luricocha. Este documento fue producto de un diagnóstico participativo realizado en un taller, bajo la supervisión de promotores de ONG que desempeñaban el rol de facilitadores. El taller contó con la asistencia de dirigentes y líderes de opinión pública del distrito. Uno de los primeros productos de este fue la “visión” de desarrollo del distrito hacia el año 2010. Luego de establecidos los objetivos estratégicos, cada comisión tenía la “misión” de desarrollar planes operativos anuales, sustentados en proyectos específicos, los cuales serían la expresión concreta del trabajo de la Mesa. Sin

embargo, como ha sucedido en otros procesos de concertación, luego de la elaboración del Plan Estratégico, las reuniones de la Mesa comenzaron a perder capacidad de convocatoria. En general, se observa el mismo problema compartido con otras experiencias de concertación, como la desarrollada en la Mesa Provincial de Huanta, de pasar de la preparación del Plan Estratégico a la implementación de proyectos concretos. De esta manera, las comisiones de trabajo fueron perdiendo continuidad en el desarrollo de sus reuniones y sus miembros empezaron a mostrar cierto desinterés en participar en ellas.

Para contrarrestar esa situación, la directiva de la Mesa decidió convocar a una reunión de balance sobre el funcionamiento de la Mesa dos años después de su instalación. El objetivo de esta convocatoria era desarrollar un nuevo ejercicio participativo de identificación y evaluación de las fortalezas y debilidades de la Mesa. Los resultados fueron los siguientes:

Siendo el día 23 del mes de mayo de 2002, se reunieron los miembros de la Mesa de Concertación, organizaciones de base, dirigentes, líderes y pobladores de las diferentes comunidades del distrito con la finalidad de evaluar la Mesa de Concertación distrital y establecer mecanismos para fortalecer y encaminar el proceso de concertación. Estando presentes representantes de: comunidad Paccayhuaycco, Intay, Azángaro, Tampay, Pincurara, Llanza, Iscotucoc, Ocana, Yuraccracay, Qollana, Agencia Agraria Huanta, coordinador del eje de fortalecimiento institucional, TADEPA, CARE, SER, AFRUVA, municipalidad, Centro Educativo 38277, ARPOMSA, Comité de regantes, Gobernatura Distrital, presidentes de Vaso de leche y club de madres, se trabajan los siguiente temas:

1. Fortalecimiento de la Mesa de Concertación distrital (diagnóstico-propuestas).
2. Implementación del Plan Estratégico de Desarrollo y Vigilancia Ciudadana.

Se trabajan ambos temas en grupos, con la finalidad de tener propuestas concretas para encaminar la Mesa de Concertación. Finalizado dicho trabajo se procede a la plenaria, exponiéndose las propuestas. Luego de un debate y participación frente a las propuestas planteadas, se procede a trabajar las conclusiones y acuerdos generales:

1. Mayor difusión y sensibilización de las actividades y objetivos de la Mesa de Concertación a través de la radio, revistas. Teniendo la posibilidad de elaborar folletos didácticos de información sencilla para las comunidades,

habiendo manifestado su colaboración con respecto al último punto la institución TADEPA.

2. Los ejes de trabajo se reúnan mensualmente y la Mesa de Concertación trimestralmente, de preferencia los sábados
3. En el trabajo en las comisiones de los ejes temáticos, los secretarios técnicos y coordinadores deben ser del distrito de Luricocha.
4. Realizar reuniones de la Mesa de Concertación en las diversas comunidades así como en los colegios y lugares adecuados.
5. Involucrar a las autoridades comunales y locales en la Mesa de Concertación.
6. Desarrollar planes comunales de acuerdo a la realidad de cada comunidad. Responsable: TADEPA.
7. Evaluar la eficiencia de los talleres (de instituciones y otros) para medir el cambio de actitudes y el beneficio en el conocimiento de la población.
8. Delegar las funciones de la presidencia de la Mesa de Concertación eligiéndose a un vicepresidente.
9. Reunión de la Mesa de Concertación para la elaboración del Plan Operativo, elección del vicepresidente de la mesa, coordinadores de los ejes de trabajo y secretaría técnica de toda la Mesa, encargando dicha reunión para el sábado 22 de junio del 2002.
10. La Mesa de Concertación debe promover espacios de debate en temas de interés para la población (Mesa de Concertación, Plan de desarrollo, procesos electorales, etc.).
11. Sensibilizar en temas de vigilancia ciudadana y participación.
12. Elaborar el presupuesto participativo para el año 2003, diferenciando proyectos de carácter general con proyectos de carácter individual.

Fuente: Libro de Actas de la Mesa de Concertación de Luricocha.

Los resultados del taller de evaluación de la Mesa muestran con claridad la pérdida de capacidad de convocatoria. ¿Qué había pasado con la Mesa? El testimonio de uno de los promotores que participó en la conformación de ésta señala:

Los participantes veían que sus demandas de corto plazo no podían ser resueltas por un proceso pensado para desarrollar acciones en el mediano y largo plazo. Las reuniones eran vistas por la población más como “asambleas” donde las personas iban con sus pedidos puntuales de “obras” para beneficio de su comunidad ante el alcalde, que como una dinámica de debate, discusión y ejecución de estrategias y actividades para el desarrollo de la localidad en el mediano y largo plazo [...]. Ése fue uno de nuestros puntos más débiles. Las personas no entienden lo que es concertación. Creen que se trata de venir a

pedir, que los vamos a ayudar con arroz, azúcar, ropa, etcétera. No entienden que se trata de imaginar un proceso de mediano y largo plazo para enrumbar los esfuerzos de todos, en un sentido u otro, que hay que interiorizar hacia qué objetivos tenemos que marchar juntos. No sé, hay mucha desinformación, mucha falta de cultura entre la gente (promotor de ONG).

Sin embargo, según los testimonios de otros participantes, uno de los principales problemas de la Mesa fue que “no tenía identidad propia”. ¿Qué quiere decir esto? Que el problema era que al ser el alcalde distrital el presidente de la Mesa, ésta aparecía confundida con la figura de la autoridad municipal. De esta manera, la Mesa no era percibida como una instancia de apertura del gobierno local hacia el conjunto de la sociedad civil local o viceversa sino más bien como una herramienta de posible manipulación del alcalde para ganar réditos.

Hasta el año pasado, más o menos hasta el mes de junio del año pasado [2001], aún esporádicamente se llevaba a cabo la reunión mesas de concertación, que es presidido por el alcalde, pero desde esa fecha lamentablemente ha venido de más a menos [...] las reuniones esporádicas, las convocatorias de último momento, poca participación de la población, muy poca participación, lamentablemente, un poco la ausencia de las ONG y creo que falta dinamismo del presidente, en este caso el alcalde. No sé, parece que un poco que no ha dado. Él empezó muy bien, pero creo que ha venido desacreditándose por no haber hecho trabajos coordinados con quienes participan con las dirigencias comunales y creo que más vieron su gestión como alcalde y no como presidente de la mesa. Quizás en su gestión, en su campaña electoral se ofreció bastantes obras y a la fecha poco, una de ellas fue que dijo que iba a terminar con la irrigación (presidente del Comité Distrital de Autodefensa de Luricocha).

Pienso que este año faltó voluntades, al menos del alcalde y de algunos regidores también de continuar con esto, porque comenzó y no se logró, pues, que este año se lleve a cabo el presupuesto participativo en Luricocha. Esto es un corte y eso nos perjudica un montón, porque tú sabes que ya vienen al alcalde, ¿no?, las elecciones, y nada nos garantiza la continuidad de esto. Esto es lo que estamos percibiendo y estamos tratando de buscar estrategias para que viabilicen esto (promotora de ONG).

O sea, ahí no hay buena concertación, buena propuesta de todos los problemas que podemos afrontar. No hay mucha participación, había diferentes instituciones pero aparte de nosotros no había. Poco nomás había. Más antes

había bastante y después baja, baja, baja, ya no ya. Entonces, siempre en esa concertación había también promesa nomás. El alcalde supuestamente tiene un libro [el Plan Estratégico], una vez cuando nos hace llamar para concertación dicen “Este libro es para ver nomás”, pero ninguna de estas promesas no han sido cumplidas todavía. Así estaba discutiendo todavía. Ahí, pues, se han dado cuenta las personas que en concertación nosotros, por ejemplo, en agua potable, ¿cuántas veces hemos peleado en los principios? Todavía no hay nada de agua potable (presidenta del Club de Madres del distrito de Luricocha).

El alcalde se supone que es autoridad, pero no da cabida, busca su gente. Incluso para la Mesa de Concertación busca a sus amigos, pero a la gente de oposición no los invita. Ése es problema del alcalde y si la gente no les invita, no van. ¿En ese momento el alcalde se ha puesto las pilas? Por ejemplo, es cuando se ha hecho el cabildo, diciendo que haga una rendición. De hecho ya no empezó a invitar al izamiento de la bandera, o sea, desconocía, trataba de opacar al Frente de Defensa [...]. El problema es que ahora la población no cree en la Mesa de Concertación. Porque es una mentira, es un engaño, perdemos tiempo, no hay resultados, a la larga todos conversan y conversan y no dicen “Estos se han hecho, esto, esto, de esta Mesa de Concertación los resultados son esto”, ¿no? Entonces la población no cree, no podría comprometerse la comunidad (presidente del Frente de Defensa de Luricocha).

Bueno, yo lo que entiendo es que no se han dicho las cosas verdaderas, de lo que existe, pero hay comentarios, porque comentarios traen muchos. Decir de que esto tenía que ser esto, el alcalde no funciona, el alcalde debería de hacer esto, esto, ¿no? (presidente de la comunidad campesina Pichiurara).

Lo único que desearía de la Mesa de Concertación es que todo lo planificado sea real, que se planifique una cosa que se debe de cumplir realmente, no así que se pida cosas que tal vez no lo van a hacer, que no den falsas promesas a los pobladores, a los participantes de la Mesa de Concertación (gobernador del distrito).

Lamentablemente, yo he visto desde un punto de vista mío que la Mesa de Concertación solamente son para las personas que les conviene en algunas oportunidades. Mesa de Concertación se ha ido viendo que incluso solamente lo utilizan para tomar fotografía, para filmarlo, para ver qué cantidad de personas están allí, mas no para hacer ver cómo debería ser una Mesa de Concertación (presidente del Comité de Autodefensa y Desarrollo de la zona urbana de Luricocha).

Los testimonios anteriores evidencian una fuerte percepción sobre la figura del alcalde como principal “causa” del problema de la Mesa de Concertación. Las explicaciones van desde lo que el alcalde deja

de hacer hasta lo que el alcalde hace. En cuanto a lo que el alcalde deja de hacer, se percibe “falta de dinamismo”, “falta de coordinación” o “falta de voluntad”. En cuanto a lo que hace, se entiende que el alcalde “sólo convoca a sus amigos”, utiliza la mesa de concertación como mecanismo de manipulación “para tomar fotografías y filmar”. Sin embargo, el tema que aparece como central en la mayoría de los testimonios es que “el alcalde no ha cumplido con sus promesas”, aquellas que hizo antes de llegar a la alcaldía, como, por ejemplo, las formuladas durante el proceso de elaboración del Plan Estratégico desde la Mesa de Concertación y que se encuentran plasmadas en ese documento.

Esta percepción, que señala como causa de los problemas de la Mesa de Concertación a la figura del alcalde, va más allá de la imagen que, coyunturalmente, se pueda tener sobre la persona que ocupa el sillón municipal. El alcalde anterior de Luricocha, Amador Barboza (1995-1998), señala que durante su período como autoridad municipal percibió que la conducta de la población se caracterizaba por:

Desentendimiento del pueblo hacia mi gestión, hacia mi persona. Uno de los problemas fue el desentendimiento. Por otro lado, otro de los problemas dentro de mi gestión, seguramente, como muchas otras gestiones, son los fondos económicos que provienen del FONCOMÚN. Son reducidos [...]. Nosotros quisimos cambiar las ideas del pueblo, queríamos cambiar un poco la forma de buscar un desarrollo y eso justamente era concertar. Entonces muchos no entendieron, pensaron que yo estaba haciendo actos politiqueros, llamémoslo así.

No se percibe al alcalde como un personaje que forme parte de un proceso institucional que represente los intereses del distrito en el gobierno local, en busca del bien común de la localidad. Por el contrario, se lo percibe como alguien que, individualmente, tiene que “cumplir” las promesas y (sobre todo) satisfacer las expectativas, reales o imaginarias, que la población tiene sobre los principales problemas del distrito. Como es fácil suponer, la contraparte de esta percepción sumamente individual y delegativa sobre la figura del alcalde es un desentendimiento de la población sobre la posibilidad de participar en las actividades promovidas (o percibidas como promovidas) desde la municipalidad. El resultado es una espera pasiva que observa el desempeño del alcalde y que genera fuertes críticas cuando éste

no se ajusta a lo que se imagina que “debe ser” la adecuada *performance* del burgomaestre.

En general, no se percibe al alcalde como un personaje que forme parte de un equipo (ni siquiera con sus regidores) que trabaje en el municipio. Ciertamente, esta percepción se alimenta con la falta de difusión por parte de la municipalidad sobre las actividades que desarrolla. En ese sentido, el hecho de que el actual alcalde no haya convocado al cabildo abierto que había organizado en el marco de la Mesa el año anterior es un aspecto que contribuye a la imagen de “falta de voluntad” que él tiene. O, peor aun, que al no convocar al conjunto de la población, “sólo trabaje con sus amigos”. De esta manera, no extraña que para la población del distrito las actividades desarrolladas desde el municipio aparezcan como intentos de manipulación por parte del alcalde.

En el caso específico de la Mesa de Concertación, a esta percepción contribuye el hecho de que su organigrama tenga un perfil “presidencialista”; es decir, que el alcalde sea al mismo tiempo el presidente de la Mesa. Resulta más difícil para las personas separar las funciones de un mismo personaje en dos contextos diferentes; esto es, diferenciar al alcalde en las labores del municipio y a este mismo personaje como presidente de la Mesa.

Lo que no queda claro es que el alcalde quizás no está diferenciando que hay algunos temas que se pueden dialogar en la Mesa y otros como alcalde, pero sí lo mezcla un poco, cuando le conviene. No sólo es acá, a nivel de Huanta distrito; es algo paradójico esto. ¿Recuerda Ud. cuando le preguntaba a Fujimori, había un periodista y le decía: “¿Quiere Ud. que le dé una respuesta como presidente o como candidato?”? Acá también es eso: “¿Quiere que le dé respuesta como presidente de la esa o como alcalde?”. Cuando le conviene, el alcalde habla muy bien de la Mesa, jalando para su gestión, pero cuando no le conviene, dice que “Es mi gestión y no de la Mesa”. Esto es un poco que no han sabido diferenciar los responsables de la mesa [...]. Hacen gestiones a nivel de ideales de alcalde, de su gestión propiamente dicha, y si logra y si tuvo éxito esa iniciativa nacida desde la municipalidad, del concejo, entonces dice, pues, “Esto ha sido de mi gestión, ya, ya es un logro”. Echan flores. Pero si no tuvo éxito, dice que no hemos tenido éxito porque esto ha sido a raíz de la Mesa, porque en la Mesa no ha habido participación. Más o menos la figura es ésa. Un poco que había que diferenciar: alcalde estoy acá, pero aquí soy presidente (dirigente local).

La población ve como un referente al que preside la mesa; en este caso, a la municipalidad. Siempre que el alcalde esté activo, es un referente de actividades [...]. Pero si te das cuenta, también es otra dependencia luchar contra eso. El día que digamos que la gente haga las cosas sin tener como referente de alguien que preside, va a ser un gran logro. Entonces, eso es lo que se ve. Y como el alcalde no hace nada, no se mueve, entonces la gente tampoco hace nada y sólo critica [...]. Dicen: “El alcalde preside esto, ¿no?”. Y municipalizan mucho la Mesa. La gente mezcla cosas muy personales con la mesa, cosas muy personales con el alcalde, con los regidores, cosas muy personales con gente que trabaja allí. Entonces, ése es un problema (promotor de ONG).

De esta manera, la Mesa es evaluada en función de la evaluación que se tenga del alcalde. Curiosamente, la Mesa de Concertación, que en la teoría de los promotores de las ONG es un nuevo espacio público de encuentro y deliberación entre los diferentes actores del distrito y que pretende convertirse en un dispositivo institucional de acercamiento del municipio hacia la sociedad civil y viceversa, queda finalmente relegada como una herramienta más de manipulación por parte del alcalde; es decir, un proceso de carácter institucional, impersonal y plural queda confundido con la imagen personal del alcalde. A diferencia de los resultados de un estudio previo (Ávila, 2003), realizado sobre la Mesa de Concertación de Huanta, en este caso no estamos ante un alcalde “fujimorista”. Simplemente, la cultura política de la población de la zona es altamente plebiscitaria y delegativa, con fuertes componentes de desconfianza en lo impersonal y público, y con una fuerte confianza en lo personal y privado, sea en su expresión de clientela, compadrazgo o “amiguismo”. La confusión entre la Mesa y el alcalde llega a tal punto que tenemos la siguiente elocuente respuesta a la pregunta “¿Qué demandas harías a la Mesa?”: “Yo le pediría al señor alcalde...” (dirigente local).

Guillermo O’Donnell presenta, en un comentario sobre São Paulo (Brasil), reflexiones que pueden ser de utilidad para entender esta confusión entre persona y personaje en el caso de la figura del alcalde y la mesa de concertación:

Los problemas derivados de la predominancia de un estilo patrimonialista y prebendalista de hacer política [consisten] precisamente, en la incapacidad de delimitar lo público y lo privado y, a partir de eso, en la enorme dificultad de

construir instituciones y elaborar reglas a partir de las cuales se pueda construir la dimensión cívica y republicana sin la cual jamás llegaremos a un régimen democrático (citado por Adrianzén, 1996: 30).

Comentando el texto de O'Donnell, el antropólogo brasileño Roberto Da Matta enfatiza la vigencia de dos tipos de ética en América Latina. La primera es la ética del “Si yo no robo, otro lo hace” o la de “Quien no aprovecha es un tonto”, conducente a un realismo que liquida el ejercicio de la civilidad. La segunda está relacionada con la contraparte que esta conducta provoca desde el poder político:

La regla de la privatización del espacio público tiene como contraparte el macrodrama autoritario cristalizado en la violación pública del espacio privado (citado por Adrianzén, 1996: 30).⁴

En el caso de Luricocha, resulta evidente que la dificultad de separar en la percepción la imagen del alcalde de la imagen del municipio o de la mesa es expresión de una cultura cívica que no logra discernir con claridad lo público de lo privado. Espacios públicos institucionales como lo son la municipalidad o la mesa de concertación son percibidos como “la pequeña hacienda” del alcalde de turno. No hay una identificación con la posibilidad de tener derechos (y sobre todo deberes) que permitan sentir que se “forma parte de” un espacio en el cual se deba participar con voz propia, de acuerdo con los mecanismos de deliberación previamente establecidos y legitimados. Todo lo contrario, la participación se repliega a una actitud pasiva de espera frente a la iniciativa que “el alcalde debe tener”, personaje que por cuenta propia debe “resolver” los problemas del distrito. Ciertamente, esta conducta de la población se alimenta también con la *performance* desarrollada por los alcaldes, quienes se encargan de hacer uso privado de los espacios públicos, limitando la convocatoria a reuniones y eventos a aquellas personas que son de su confianza personal, y dejando de lado a aquellos que no lo son o están ubicados en la “oposición”.

4. Las referencias a los textos de Guillermo O'Donnell y Roberto Da Matta han sido presentadas por Alberto Adrianzén en un artículo publicado en la revista *Socialismo y Participación* 75, 1996, titulado “Gobierno de Lima, algunas reflexiones y propuestas”.

Este tipo de prácticas limita seriamente la posibilidad de desarrollar con éxito experiencias de participación basadas en procesos de concertación. En el ámbito de la práctica de los participantes, se puede derivar que la noción de “concertación”, tal y como la entienden los promotores de las ONG, sí ha sido internalizada por la población. Sin embargo, al parecer, esta noción no encuentra los espacios necesarios para desarrollarse, y se diluye en una serie de prácticas que, más bien, utilizan las mesas de concertación como escenarios de búsqueda y reclamo de una “solución” a los problemas inmediatos, los cuales tienen que ser resueltos por el alcalde. Éste es percibido como “ocupante” (o dueño) del espacio público, en el cual desarrolla actividades para beneficio privado, más allá del “bien común” del conjunto de la comunidad. De esta manera, la participación de los pobladores en una asamblea o plenaria se agota en la discusión y en el planteamiento de demandas, y deja de lado la opción de desarrollar dinámicas de fortalecimiento institucional de mediano y largo plazo, según los lineamientos del Plan Estratégico.

Cuadro 1
PARA USTED, ¿QUÉ SIGNIFICARÍA SER UN BUEN ALCALDE?

	Cantidad	Porcentaje
Que trabaje junto con la población	46	40,4
Que sea honesto	22	19,3
Que haga obras	20	17,5
Que escuche a los pobladores	20	17,5
Que no sea autoritario	6	5,3
Total	114	100

Fuente: encuestas realizadas en Luricocha (2002). Elaboración propia.

La mayor parte de los pobladores del distrito de Luricocha percibe que el principal rol del alcalde es “que trabaje junto con la población”. Esta respuesta resulta interesante ya que se diferencia de las obtenidas en un estudio anterior sobre la Mesa de Concertación provincial de Huanta. En el mencionado estudio, la mayoría de las res-

puestas se inclinaba más bien por “que haga obras” (Ávila, 2003). ¿Por qué la diferencia entre un distrito provincial y otro distrital? Resulta evidente que los pobladores tienen una valoración diferente de las instancias distritales y provinciales de un gobierno local. En el caso de la instancia distrital, la población tiene un conocimiento más cercano sobre la realidad del municipio. Se sabe que los recursos con los que se cuenta son muy inferiores con relación al municipio provincial. Por esta razón, no se le exige al alcalde “que haga obras”. Más bien se le requiere “que trabaje junto con la población”.

Esto podría tomarse como una ética que favorece la implementación de procesos de concertación (como la mesa). Sin embargo, hay que recordar que en el nivel distrital, a diferencia del nivel provincial, se tiene un conocimiento mucho más cercano sobre el pasado, el presente y el futuro del alcalde, y hay mayores posibilidades de establecer un contacto cara a cara con él. Pero en estos espacios también hay mayores posibilidades de que la relación entre lo público y lo privado se entremezcle con mayor fuerza que en el ámbito provincial, y que el alcalde haga del municipio “su pequeña hacienda”. De esta manera, la mayor cercanía del ámbito distrital determina que la población tenga otro tipo de expectativas sobre lo que debe ser el buen desempeño del alcalde. En este caso, antes que “haga obras”, se espera que “trabaje junto con la población”. Sin embargo, el problema es que ese reclamo de mayor apertura y participación afronta la trampa de la poca diferenciación entre lo público y privado en el ámbito de la localidad distrital. Esta tensión se expresa de manera mucho más nítida cuando, luego de preguntar sobre el “deber ser” del alcalde, se inquiriere sobre lo que “realmente es”.

Cuadro 2
¿PARA QUÉ CREE USTED QUE LLEGAN A SUS CARGOS LOS ALCALDES?

	Cantidad	Porcentaje
Para su propio beneficio	56	49,1
Para ayudar sólo a sus amigos	42	36,8
Para ayudar a que se desarrolle el distrito	16	14,1
Total	114	100

Fuente: encuestas realizadas en Luricocha (2002). Elaboración propia.

El cuadro presenta un escenario desolador. Si es cierto que la imagen del alcalde se confunde con la del municipio en su conjunto y con la de cualquier otra actividad que se realice con (o desde) esta instancia, hasta el punto que el alcalde aparece controlándolo todo, entonces se comprenden mejor las razones dadas líneas atrás por los ex participantes de la mesa de concertación. Entre las respuestas que afirman que el alcalde llega a ocupar el cargo para “su propio beneficio” (49,1%) y las que afirman que lo hace para “ayudar sólo a sus amigos” (36,8%), nos encontramos frente a un 86,9% que no considera que el alcalde ocupe el cargo para “ayudar a que se desarrolle el distrito” (14,1%). Estas cifras no sólo presentan un grave descontento con la labor “real” de los alcaldes sino también una fuerte desconfianza hacia la figura de esta autoridad, como se desprende del siguiente cuadro:

Cuadro 3
¿CONFÍA USTED EN EL ALCALDE PROVINCIAL?

	Cantidad	Porcentaje
Mucho	6	5,3
Poco	68	59,6
Nada	40	35,1
Total	114	100

Fuente: encuestas realizadas en Luricocha (2002). Elaboración propia.

Cuadro 4
¿CONFÍA USTED EN EL ALCALDE DISTRITAL?

	Cantidad	Porcentaje
Mucho	2	1,8
Poco	82	71,9
Nada	30	26,3
Total	114	100

Fuente: encuestas realizadas en Luricocha (2002). Elaboración propia.

En los dos cuadros se aprecian altísimos porcentajes de desconfianza hacia las autoridades. El hecho de que exista una confusión entre una instancia como la mesa de concertación y la figura del alcalde contribuye a explicar el problema de la falta de participación. Asimismo, interesa señalar que en medio de estos porcentajes de alta desconfianza, se aprecia que se confía menos (1,8%) en el alcalde distrital que en el provincial (5,3%); es decir, se confía menos en el más conocido. En los cuadros presentados, el porcentaje de personas que confían “poco” en el alcalde distrital es mayor que el porcentaje de personas que confían “poco” en el alcalde provincial (71,9% y 59,6%, respectivamente). ¿La mayor cercanía del alcalde distrital hace que sus defectos sean mucho más visibles que los del provincial?

4. LOS LÍMITES DE LAS PERCEPCIONES SOBRE LA DESCENTRALIZACIÓN EN LURICOCHA

La hipótesis expuesta al comienzo de este texto afirmaba que la población de Luricocha tiene un discurso explícito (y, además, crítico) sobre el tema del centralismo. Presuponía que al estar ubicados en *la periferia*, los pobladores de este distrito tienen mayores *condiciones objetivas* para desarrollar discursos sobre el centralismo, y que la descentralización es un tema de cierto interés común. Finalmente, mi idea era que sería muy fácil recoger este punto de vista a través de encuestas y entrevistas, más aún estando a poco menos de cuatro meses de la

realización de las elecciones nacionales para presidentes regionales, desarrolladas en setiembre del 2002. Sin embargo, la primera constatación que se hizo luego de procesar las encuestas es que ni el centralismo ni la descentralización aparecían como prioridades para la población de Luricocha. Esto se puede apreciar con claridad en los cuadros siguientes:

Cuadro 5
¿CUÁL ES EL PRINCIPAL PROBLEMA DEL DISTRITO?

	Cantidad	Porcentaje
Pobreza	21	18,4
Desempleo	20	17,5
Falta de organización	18	15,7
Analfabetismo	14	12,2
Falta de servicios	13	11,4
Desconfianza	7	6,1
Falta de obras públicas	6	5,2
Centralismo	5	4,3
Abuso de autoridades	4	3,5
Corrupción	3	2,6
Violencia	2	1,7
Racismo	1	0,9
Total	114	100

Fuente: encuestas realizadas en Luricocha (2002). Elaboración propia.

Cuadro 6
¿CÓMO SOLUCIONAR ESOS PROBLEMAS?

	Cantidad	Porcentaje
Con más educación	31	27,0
Con más recursos para los municipios	20	17,5
Más programas sociales	14	12,2
Descentralizando el país	13	11,4
Más obras del Estado	11	9,6
Más organización y participación	11	9,6
Más empresas privadas	4	3,5
No sabe	2	1,8
Más inversión extranjera	1	0,9
Con una revolución social	1	0,9
No sabe	6	5,3
Total	114	100

Fuente: encuestas realizadas en Luricocha (2002). Elaboración propia.

Cuadro 7
¿ESTÁ DE ACUERDO CON EL PROCESO DE DESCENTRALIZACIÓN DEL PAÍS?

	Cantidad	Porcentaje
Mucho	30	26,3
Poco	48	42,1
Nada	32	28,1
No sabe	4	3,5
Total	114	100

Fuente: encuestas realizadas en Luricocha (2002). Elaboración propia.

Las respuestas recogidas en los tres cuadros previos fueron desconcertantes. En el cuadro 5, el centralismo no aparecía como un problema relevante para la población de Luricocha. En el cuadro 6, la descentralización tampoco aparecía como una solución importante para los principales problemas del distrito. Sin embargo, lo más asombroso fue apreciar que había altísimos porcentajes de personas que no estaban a favor de la descentralización. El cuadro 7 muestra que 70,2% de los pobladores está “poco” o “nada” de acuerdo con este proceso. ¿Cómo comprender el significado de estas cifras? Pienso que la explicación se relaciona con una carencia muy elemental: falta de información.

Cuadro 8

¿HA ESCUCHADO HABLAR SOBRE EL TEMA DE LA
DESCENTRALIZACIÓN DEL PAÍS?

	Cantidad	Porcentaje
Poco	58	50,9
Nada	38	33,3
Mucho	18	15,8
Total	114	100

Fuente: encuestas realizadas en Luricocha (2002). Elaboración propia.

La gran mayoría de los encuestados reconoce haber escuchado “poco” (50,9%) o “nada” (33,3%) sobre la descentralización. Sólo 15,8% de los encuestados señalan haber escuchado “mucho” sobre el proceso. La primera constatación es que, en Luricocha, existe una gran desinformación respecto al concepto “descentralización”. Este concepto no se ubica en el sentido común sino más bien aparece como una idea extraña, poco familiar. El bajo porcentaje de personas que reconoce haber escuchado “mucho” sobre la descentralización podría explicar la poca importancia que se le da a este concepto en los cuadros 5 y 6. Esto se comprende mejor si revisamos las cifras del cuadro 9 sobre consumo de medios de comunicación y noticias en el distrito:

Cuadro 9
 ¿CON QUÉ FRECUENCIA SE INFORMA DE NOTICIAS POLÍTICAS?

	Cantidad	Porcentaje
Siempre	4	3,6
Casi siempre	18	15,8
Regularmente	32	28,0
Poco	58	50,9
Nunca	2	1,8
Total	114	100

Fuente: encuestas realizadas en Luricocha (2002). Elaboración propia.

Al inicio del estudio, la hipótesis era que los sectores más afectados por el centralismo tenían mayores “condiciones objetivas” para desarrollar discursos descentralistas o anticentralistas. Sin embargo, las evidencias cuantitativas empezaron a mostrar precisamente lo contrario; es decir, que la cartografía de los discursos explícitos y coherentes sobre centralismo y descentralización estaba estrechamente relacionada con la cartografía del centralismo en nuestro país. Así, la mayor o menor intensidad en el desarrollo de discursos explícitos sobre el centralismo era, también, un producto del centralismo. La primera constatación era que las personas que viven en el centro manejan un discurso más explícito sobre la descentralización que aquellas que residen en la periferia. La segunda comprobación era que las personas que viven en la periferia presentan altos porcentajes de desinformación sobre el tema.

Los altos grados de desinformación sobre la descentralización se expresan en una fuerte confusión conceptual entre los pobladores. Para muchos de los encuestados y entrevistados, la descentralización fue un proceso iniciado durante el gobierno de Alberto Fujimori. Esto no deja de tener cierto sabor a paradoja, ya que durante los años noventa no sólo se canceló la experiencia descentralista iniciada a finales del gobierno de Alan García, sino que también se inició un intenso proceso de recentralización política en torno a

Lima y, específicamente, al Poder Ejecutivo personificado en la imagen de Fujimori.

Pregunta: ¿Usted cree que el Perú es un país centralista?

Respuesta: Es cierto que el Perú ha estado centralizado hasta antes de Fujimori. Aparentemente, se habla del pacto de Fujimori que es totalmente centralizado, pero si hacemos una evaluación fue al revés.

Pregunta: ¿Por qué?

Respuesta: Los organismos gubernamentales han llegado a más pueblos olvidados. Llegaron bastante en lo que son sus necesidades básicas. Usted puede encontrar servicio telefónico en muchas partes de la sierra, de la selva. Instalación de servicios eléctricos, usted puede encontrar en las comunidades más pequeñas, escuelitas, postas médicas. Usted va a encontrar sus silos en cada domicilio. Entonces, creo que a partir, aunque aparentemente puede siempre se dice que Fujimori nos centralizó peor que antes, pero yo no, yo no lo calificaría así. Entonces, de todas maneras sigue siendo aún centralista, porque todas las decisiones se siguen tomando en Lima, pensando que Lima es Perú, y Lima no es el Perú. Entonces, hay muchos congresistas, hay muchos ministros que no conocen mucho la realidad del Perú, que no visitan. Creo que uno de los casos es, por ejemplo, el ministro de Economía, que no es peruano, que es nacionalizado norteamericano. Un primer ministro extranjero. Sé que es peruano pero nacionalizado en otro país. Ese tipo de gobierno hace que la descentralización no se esté dando. Entonces, para mí aún es centralizado, siempre se está centralizado (dirigente local de Luricocha).

Más que nada con gobierno del Chino, creo yo por ejemplo. Te cuento la experiencia del gobierno del presidente Alan García, el préstamo para los ricos nada más con Alan García, porque el que tiene plata, pucha, al toque hace su negocio, le dan. Los del campo: "Faltó requisito", ¿no?; hasta que venga, ya no hay. Los ricos se han vuelto más ricos y los pobres más pobres, siguen siendo más pobres. Pero el Chino sí llegó. Avanzó más, carretera, escuelas, postas médicas. Yo te cuento que el año '84, '89, Huallay no contaba con postas médicas, no contaba con buenas carreteras, escuelas. Ahora, gracias al Chino, tiene postas médicas, escuelas con FONCODES, y así no sólo Huallay sino diferentes sitios mucho más han logrado. Eso es descentralización (presidente de comunidad campesina).

Pregunta: ¿Ud. cree que el Perú es un país centralista?

Respuesta: Yo todavía no creo. Después de las elecciones regionales quizás.

Pregunta: ¿Actualmente existe centralismo en el Perú?

Respuesta: No.

Pregunta: ¿El Perú es un país descentralizado?

Respuesta: Descentralizado creo.

Pregunta: ¿Qué significa para Ud. la descentralización?

Respuesta: Descentralización es ¿cómo se llama? Que... No está en un solo lugar y está en varios sitios, descentralizado, como en la época del Chino (presidenta de club de madres).

De los testimonios se desprenden dos constataciones sobre el centralismo y la descentralización en Luricocha: la primera, que se percibe que la descentralización es la mayor presencia del Estado en la localidad, fundamentalmente para asegurar derechos sociales mínimos. La segunda, que esta percepción de la descentralización no es necesariamente sinónimo de democracia. Más aún, el único referente que hay en la memoria de los luricochanos acerca de este asunto es “la descentralización” realizada durante el gobierno de Fujimori; es decir, la presencia de *la maquinaria estatal fujimorista* en la localidad. De esta manera, por un perverso gambito conceptual se entiende que la presencia del Estado durante la *performance* fujimorista fue expresión concreta de la descentralización, percibida favorablemente por la población local, y que, siempre según esta percepción, ha sido dejada de lado a partir de la transición democrática, durante el gobierno de Valentín Paniagua y el de Alejandro Toledo.

Como señalamos al inicio del artículo, para 66,7% de la población de Luricocha “actualmente no existe democracia en el Perú”. Esa cifra podría ser tomada como expresión de una alta conciencia crítica frente a los problemas de nuestra actual transición democrática, si no fuera porque los mismos encuestados señalan que “Alberto Fujimori ha sido el mejor presidente de la historia del Perú” (49,1%) y que “La situación del país era mejor en su gobierno que ahora” (56,1%).⁵

5. La encuesta se aplicó a mediados de mayo del 2002 entre 144 personas del distrito de Luricocha, en el marco de una investigación que realicé para el Consorcio de Investigación Social y Económica (CIES), sobre el tema de la descentralización y los gobiernos locales en el actual contexto de transición democrática.

Cuadro 10
¿USTED CONSIDERA QUE ACTUALMENTE HAY DEMOCRACIA EN EL PERÚ?

	Cantidad	Porcentaje
Sí	38	33,3
No	76	66,7
Total	114	100

Fuente: encuestas realizadas en Luricocha (2002). Elaboración propia.

Cuadro 11
DE LOS ÚLTIMOS PRESIDENTES, ¿CUÁL CREE QUE HA SIDO EL MEJOR?

	Cantidad	Porcentaje
Alberto Fujimori	56	49,1
Valentín Paniagua	26	22,8
Fernando Belaunde	20	17,5
Juan Velasco Alvarado	6	5,3
Francisco Morales Bermúdez	4	3,5
Alan García	2	1,8
Alejandro Toledo	0	0
Total	114	100

Fuente: encuestas realizadas en Luricocha (2002). Elaboración propia.

Cuadro 12

¿CÓMO CREE QUE ERA LA SITUACIÓN DEL PAÍS EN LA ÉPOCA DE FUJIMORI?

	Cantidad	Porcentaje
Mejor que ahora	64	56,1
Igual	24	21,1
Peor que ahora	16	14,0
No sabe	10	8,8
Total	114	100

Fuente: encuestas realizadas en Luricocha (2002). Elaboración propia.

¿Cómo comprender las cifras de los tres cuadros presentados (10, 11 y 12)? Mi hipótesis es que esta aparente anomalía es una expresión de lo siguiente: (a) El desorden, la desestructuración y la violencia generalizada de Sendero Luminoso y las Fuerzas Armadas generaron profundos sentimientos de miedo e inestabilidad entre la población. (b) Frente a estas vivencias de miedo e inestabilidad, la “pacificación” y, sobre todo, el “retorno” del Estado aparecieron como nuevos contextos que garantizaban condiciones mínimas de “orden” y “seguridad”. (c) Estas condiciones mínimas se expresaron en el marco del establecimiento de nuevas relaciones institucionales, materiales y simbólicas “desde arriba”, entre el fujimorismo y la población rural durante la etapa posterior a la violencia de los años noventa. (d) Estas relaciones fueron asumidas por un fuerte sector del campesinado como expresión de un nuevo proyecto (ciertamente autoritario y vertical) de inclusión y reconocimiento ciudadano por parte del Estado peruano.

5. REFLEXIONES FINALES: CIUDADANÍA, DEMOCRACIA Y AUTORITARISMO EN LURICOCHA

Una consecuencia de la fuerte crisis de gobernabilidad que afectó al Estado y a la sociedad a fines de los años ochenta fue la emergencia y hegemonía de un nuevo discurso y una nueva práctica definidos como autoritarios y antipolíticos: el fujimorismo. Varios autores han señala-

do que entre la fuerte crisis económica, el colapso del sistema de partidos, la violencia política y el incremento de miedos, angustias y frustraciones sobre la “viabilidad” misma del “nosotros” peruano, el fujimorismo encontró un contexto propicio para desarrollar un nuevo proyecto autoritario que acumuló niveles inéditos de poder en torno al Ejecutivo. Para esto, el fujimorismo redefinió el perfil de las relaciones Estado-sociedad, disolviendo instancias intermedias de representación y participación ciudadana —partidos políticos, sindicatos, gremios y organizaciones de la sociedad civil— y construyó sobre sus escombros una “maquinaria política” estatal que fue implementada sobre el ejército, la burocracia pública, los programas sociales de lucha contra la pobreza, los medios de comunicación y las agrupaciones políticas Cambio 90-Nueva Mayoría y Vamos Vecinos como principal y único mecanismo de articulación “desde arriba” con una sociedad civil cada vez más fragmentada e indefinida “desde abajo” (véase López, 1998; Grompone, 2000; Crabtree y Thomas, 1999; Cotler, 2001; Degregori, 2001; Marcus-Delgado y Tanaka, 2001).

No obstante, la construcción de “la maquinaria” no sólo fue producto de la coerción, ya que también contó con el apoyo abierto de la mayoría de la población —especialmente, de la más pobre y excluida— que brindó legitimidad al proceso. La implementación de “la maquinaria” no encontró muchas resistencias. Por el contrario, el apoyo que tuvo le permitió al fujimorismo desarrollar con comodidad una *performance* política en la cual iba desarticulando y rearticulando a la sociedad civil dentro de sus parámetros verticales y autoritarios, al tiempo que alimentaba una antigua cultura política entre “los de abajo”: la espera de que todas las soluciones lleguen “desde arriba”.

Más allá de esta evidente constatación, todavía seguimos sin conocer a ciencia cierta cuáles fueron las razones por las que amplios sectores de la población decidieron apoyar el proyecto autoritario. Algunas explicaciones han señalado que se trataría de la existencia de una “tradición autoritaria” (Manrique, 2002; Portocarrero, 1998). Otras, de una cultura política popular “plesbicitaria y delegativa” (Murakami, 2000). Sin negar la validez de estas explicaciones, sostengo que también resulta necesario incorporar en el debate una nueva

perspectiva que retome el punto de vista de los mismos sujetos involucrados racional y pasionalmente con la experiencia autoritaria.

¿Es el fujimorismo militante que demuestra en la actualidad buena parte de la población rural de Huanta producto sólo de la “imposición” de un proyecto vertical y autoritario “desde arriba” entre una población afectada por los miedos, traumas y memorias de la violencia política? Si éste fuera el caso, ¿por qué los campesinos de Huanta siguen siendo fujimoristas a tres años del desmantelamiento de “la maquinaria” autoritaria? Considero que la primera pregunta ayuda a responder sólo un aspecto del problema. Sin embargo, no ayuda a entender el fenómeno del fujimorismo militante que todavía en la actualidad muchos sectores subalternos expresan, como se ha señalado en relación con los campesinos de Huanta. Este fenómeno no puede ser comprendido solamente como producto de la “anomia”, “desestructuración”, “irracionalidad” o los “traumas” generados por la violencia. Tampoco puede ser comprendido solamente como un producto de “la manipulación” ejercida por el fujimorismo durante los años noventa. Curiosamente, ambas perspectivas les quitan capacidad de “agencia” a los subalternos. Por el contrario, señalo que aun en el contexto más extremo de violencia y autoritarismo, como fue el caso de la provincia de Huanta durante los años ochenta y noventa, la población más subalterna, los excluidos entre los excluidos —los campesinos—, pudieron encontrar brechas y pequeños resquicios en el sistema por medio de los cuales fueron capaces de articular demandas y negociar intereses.

Como se sabe, cada sociedad tiene una historia propia de construcción de sus derechos ciudadanos, ha recorrido sus propios caminos para conquistarlos. Las trayectorias de algunos países, como los de Europa, son similares, pero las de otras naciones difieren de forma significativa. Según Marshall (1964), en Europa occidental emergieron, primero, en el siglo XVIII, los derechos civiles agrupados en torno a la idea de libertad. Luego, en el siglo XIX, los derechos políticos vinculados a la participación política ampliada del pueblo a través del sufragio universal. Finalmente, en el siglo XX, los derechos sociales, relacionados con la participación en el bienestar producido por la colectividad.

Sinesio López (1998) ha señalado la existencia de otro derrotero para el caso peruano. Luego de una liberalización limitada y trunca que buscó dar a luz los derechos civiles en las tres primeras décadas del siglo XX, emergió vigorosamente, allá por los años cincuenta, la demanda de derechos sociales (tierra, educación, salud, vivienda, trabajo), a partir de los cuales se exigían también los derechos civiles y políticos. La constatación de López es que esta prioridad de los derechos sociales no obedece a la abundante riqueza en la que pueden participar las clases populares (como ocurrió en la Europa del siglo XX) sino, por el contrario, a la pobreza extrema y a las discriminaciones y desigualdades sociales, que imponen sus propias urgencias. Asimismo, a diferencia de la ciudadanía europea, que fue resultado de la capacidad de integración de las clases populares por parte de las élites para formar una comunidad política nacional, en el Perú se trata fundamentalmente de un proceso de construcción “desde abajo”, que no parece haber culminado todavía en la conformación de una comunidad nacional. De esta manera, en el Perú tendríamos varias vías desde las cuales se ha venido construyendo la ciudadanía. Grosso modo, recientes estudios han señalado que los procesos de construcción “desde abajo” no parecen haberse desarrollado de manera secuencial ni uniforme en el Perú. Todo lo contrario; en un país caracterizado por la existencia de profundas brechas de pobreza y exclusión, de heterogeneidad y discriminación cultural, los derroteros de este proceso parecen ser múltiples y variados (López, 1998). Sostengo que uno de estos derroteros ha sido el que vinculó institucional, material y simbólicamente a la población de Luricocha con el proyecto autoritario fujimorista durante la etapa posterior a la violencia de los años noventa.

Como se sabe, en los momentos más álgidos de la guerra (y de mayor vacío institucional de poder civil), el ejército “encarnó” al Estado en toda la región de Ayacucho. Luego, a partir de 1992, esta presencia del Estado se vio incrementada con la introducción de numerosos organismos y programas sociales en la zona (Programa Nacional de Asistencia Alimentaria-Pronaa, Fondo Nacional de Compensación y Desarrollo Social-Foncodes, Programa de Apoyo al Repoblamiento-PAR), como señala Coral (1999). Se trataba de una versión autoritaria, vertical y antipolítica del Estado peruano —personi-

ficada en la imagen de Alberto Fujimori descendiendo en su helicóptero sobre las comunidades y los distritos de la provincia—, que por primera vez llegaba a lugares donde antes el Estado no había tenido presencia. En estos lugares, junto con las bases militares, la presencia del Estado se hacía sentir a través de la construcción de numerosas “obras” de infraestructura como carreteras, puentes, colegios, postas de salud, etcétera (Huber, 2003).

Varios autores han señalado que en ese contexto al parecer se firmó una suerte de pacto simbólico entre el fujimorismo y los campesinos (Coronel, 1996; Starn, 1999; Del Pino, 1999 y 1996; Degregori, 1996; Theidon, 2002; Méndez, 2000). El estímulo inicial para la firma de ese pacto fue precisamente la *performance* desarrollada por Fujimori en la provincia (Oliart, 1999; Cotler, 2001). Al momento de inaugurar cualquier obra, él no sólo llegaba de manera “personal” a cada comunidad, sino que también se disfrazaba con los chullos y los ponchos que la población local le obsequiaba. La inauguración “personal” de obras en cada comunidad y el uso de los símbolos étnicos locales aparecía ante los ojos de la población local como una oferta que el mismísimo “Señor gobiernos” hacía a los campesinos para su reconocimiento e “inclusión” como ciudadanos peruanos. En lugar de hablar de “yo” y “ustedes”, Fujimori aparecía hablando “desde arriba” sobre la posibilidad de construir un nuevo “nosotros” peruano.

El pacto entre Fujimori y los campesinos de Huanta durante los años noventa fue percibido como la posibilidad de conseguir y mantener un “orden” que devolviera la tranquilidad a la región. En ese contexto, sostengo que el pacto también fue la expresión de una alianza entre dos proyectos de ciudadanía y modernización en la zona: el desarrollado “desde arriba” por el fujimorismo y el desarrollado “desde abajo” por los campesinos. Esta alianza no sólo fue producto de la coerción ejercida sobre los campesinos por las diferentes instancias del aparato estatal en la zona (Fuerzas Armadas, burocracia estatal, autoridades locales, operadores políticos fujimoristas, entre otros) sino también de la temprana evaluación por parte de “los de abajo” de que el proyecto fujimorista compartía un interés común con ellos: el “orden” y la “inclusión” material y simbólica de los pobladores rurales como ciudadanos peruanos dentro del “nosotros” nacional.

Finalmente, sostengo también que el pacto fue un híbrido entre ciudadanía y clientelaje. En él, Fujimori aparecía como el poderoso “Señor Gobiernos” que viajaba desde Lima hacia las comunidades de Huanta para “donar”⁶ no sólo seguridad, obras y alimentos sino también ciudadanía y peruanidad, mientras que los campesinos, “en reciprocidad”, le retribuían con demostraciones de fuerte lealtad política, expresada, por ejemplo, en sus votos en cada proceso electoral o en sus muestras de apoyo y agradecimiento en cada uno de los frecuentes viajes del ex presidente al distrito.⁷

6. Al hablar de “donar”, me refiero al sentido cultural y político que el antropólogo francés Marcel Mauss le confirió al acto por el cual un superior entrega un “don” a un subalterno, en el proceso de construcción de relaciones de confianza, lealtad y clientelaje entre dos sujetos sociales ubicados en posiciones desiguales de poder y acceso a recursos (Mauss, 1971).

7. Uno de los elementos centrales en el establecimiento de las relaciones de clientelismo lo constituye el factor confianza. Ernest Gellner sostiene que el clientelismo es una relación asimétrica fuertemente personalizada y no contractual entre un patrón-protector y un cliente-protegido-dependiente, que supone una pluralidad de prestaciones y contraprestaciones obligatorias en el largo plazo. El patrón es visto como un “oficiante”, alguien con acceso a instancias superiores; el cliente puede ser visto como un devoto que, sin embargo, puede negociar su confianza, y lo hace en aquellos aspectos sobre los que puede decidir (el voto, por ejemplo). El clientelismo, entonces, supone el establecimiento de relaciones de confianza sobre la base de la negociación explícita con obligaciones, que si no son contractuales, funcionan como si lo fueran (Gellner, 1986).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ADRIANZÉN, Alberto

- 1996 “Gobierno de Lima. Algunas reflexiones y propuestas”, *Socialismo y Participación* 75, setiembre, pp. 23-35.

ÁVILA, Javier

- 2003 “¿Descentralización “desde abajo”? Cultura política, sociedad civil y estrategias de concertación en Huanta”. En Ludwig Huber (ed.). *Centralismo y descentralización en Ayacucho*. Lima, IEP, pp. 105-154.

CRABTREE, John y Jim THOMAS

- 1999 *El Perú de Fujimori*. Lima, Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.

CORAL, Isabel

- 1999 “Las mujeres en la guerra: impacto y respuestas”. En Steve Stern (ed.). *Los senderos insólitos del Perú*. Lima, IEP-UNSCH.

CORONEL, José

- 1996 “Violencia política y respuestas campesinas en Huanta”. En Carlos Iván Degregori (ed.). *Las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso*. Lima, IEP-UNSCH.

COTLER, Julio

- 2001 “Las nuevas relaciones entre sociedad y Estado: Quinua y Foncodes”. En Foncodes (ed.). *Concertando para el desarrollo: lecciones aprendidas del Foncodes en sus estrategias de intervención*. Lima, Foncodes.

COTLER Julio y Romeo GROMPONE

- 2000 *El fujimorismo. Ascenso y caída de un régimen autoritario*. Lima, IEP.

Degregori, Carlos Iván

- 2001 *La década de la antipolítica. Auge y huida de Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos*. Lima, IEP.

DEGREGORI, Carlos Iván, José CORONEL y Ponciano DEL PINO

- 1996 *Las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso*. Lima, IEP-UNSCH.
- 1998 *Gobiernos locales, ciudadanía y democracia. Los casos de Huanta y Huamanga*. Lima, Instituto de Defensa Legal.

DEL PINO, Ponciano

- 1996 “Tiempos de guerra y de dioses: ronderos, evangélicos y senderistas en el valle del río Apurímac”. En Carlos Iván Degregori (ed.). *Las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso*. Lima, IEP-UNSCH.
- 1999 “Familia, cultura y revolución. Vida cotidiana en Sendero Luminoso”. En Steve Stern (ed.). *Los senderos insólitos del Perú*. Lima, IEP-UNSCH, pp. 161-193.

GELLNER, Ernest

- 1986 *Patronos y clientes*. Barcelona, Jucar.

GROMPONE, Romeo

- 2000 “Al día siguiente: el fujimorismo como proyecto inconcluso de transformación política y social”. En Julio Cotler y Romeo Grompone. *El fujimorismo. Ascenso y caída de un régimen autoritario*. Lima, IEP.

GUERRERO, Andrés

- 1993 “De sujetos indios a ciudadanos-étnicos: de la manifestación de 1961 al levantamiento indígena de 1990”. En Alberto Adrianzén et al., *Democracia, etnicidad y violencia en los países andinos*. Lima, IFEA-IEP, pp. 83-103.

HUBER, Ludwig

- 2003 *Centralismo y descentralización en Ayacucho*. Lima, IEP.

LÓPEZ, Sinesio

- 1998 *Ciudadanos reales e imaginados. Concepciones, desarrollo y mapas de la ciudadanía en el Perú*. Lima, Instituto de Diálogo y Propuestas.

MANRIQUE, Nelson

- 2002 *El tiempo del miedo. La violencia política en el Perú 1980-1996*. Lima, Fondo Editorial del Congreso del Perú.

MARCUS-DELGADO, Jane y Martín TANAKA

- 2001 *Lecciones del final del fujimorismo*. Lima, IEP.

MARSHALL, T. H.

- 1964 “Citizenship and Social Class”. En T. H. Marshall. *Class, Citizenship and Social Development*. Chicago: The University of Chicago Press.

MAUSS, Marcel

- 1971 “Ensayo sobre el ‘don’”. En Marcel Mauss, *Sociología y antropología*. Barcelona, Jucar.

MÉNDEZ, Cecilia

- 2000 “La tentación del olvido: guerra, nacionalismo e historia en el Perú”, *Diálogos en Historia 2*, Lima, UNMSM, pp. 231-248.

MURAKAMI, Yusuke

- 2000 *La democracia según C y D*. Lima, IEP-JCAS.

OLIART, Patricia

- 1999 “Alberto Fujimori: ¿el hombre que el Perú necesitaba?”. En Steve Stern (ed.). *Los senderos insólitos del Perú*. Lima, IEP-UNSCH, pp. 399-413.

PORTOCARRERO, Gonzalo

- 1998 *Razones de sangre. Aproximaciones a la violencia política*. Lima, PUCP.

STARN, Orin

- 1999 “Senderos inesperados: las rondas campesinas de la sierra sur central”. En Steve Stern (ed.). *Los senderos insólitos del Perú*. Lima, IEP-UNSCH, pp. 223-257.

TANAKA, Martín

- 2000 *Participación popular en las políticas sociales. Cuándo es democrática y eficiente y cuándo todo lo contrario*. Lima, CIES-IEP.

THEIDON, Kimberly

- 2002 “La micropolítica de la reconciliación: práctica de la justicia en comunidades rurales ayacuchanas”, *Allpanchis* 59-60, Cuzco, Instituto de Pastoral Andina, pp. 113-143.